

Se despertó esa mañana y descorrió las cortinas. El sol entró hasta la cama. Se quitó el camisón mientras se estiraba. Se ajustó el refajo y bajó corriendo las escaleras. En la cocina ya estaba Juana preparando el desayuno. Se acercó a ella por detrás en un susurro que hizo que diera un respingo y un saltito hacia atrás. Ayúdame y no hagas tonterías. Voy a preparar las mermeladas y los mendrugos de pan. Anda, ve a por la leche, y date prisa. Y despierta a tu hermana. Levantó el hierro y echó un leño más, aunque hacía sol, era un día frío.

Desayunaron como todas las mañanas, hablando del día que esperaba y los recados de cada una. Madre ahora tenía ese tono, ese tono apagado y difuso, como si alguien hablara por ella, como si ella solo fuera un cuerpo por el que pasaban las palabras. Nos decía todas las tareas de la mañana mirando la vetas de la mesa, con la mirada fija, como si buscara dónde llevaba cada línea. Sus manos se enredaban en la servilleta, sin probar una miga de pan, cuando a las niñas les decía que no quería nada, ellas se lanzaban a por su parte. Siempre acababan discutiendo.

Era miércoles, así que a Celia le tocaba bajar la cántara de leche a la señora Hortensia, odiaba entrar en esa casa, olía a apio y a carne seca. El marido de *la* Hortensia siempre sentado en la puerta, esperando a que llegara, para darle un apretón en la mejilla hasta dejarle marca. El olor de tierra en sus manos agrietadas y esas uñas. Siempre la misma escena, como un ritual, dejaba la cántara en la cocina y pasaba a la parte de atrás de la casa, donde doña Hortensia se quejaba de sus dolores de espalda, y de su hija, que se marchó hacía ya dos años para alejarse del campo. Limpiaba sus lágrimas en el delantal de flores, mientras elegía las piezas que me llevaría, calabacín, tomate o judías. Los guardaba en la cesta y con los pies embarrados volvía a la puerta. Allí estaba el marido, con un caramelo de menta entre los dedos. Como un ritual. Con la mejilla aún dolorida se despedía de doña Hortensia y corría hacia la plaza.

Ese día estaba allí, en la plaza, María, bajo la escuela de los chicos, ella llevaba la ropa a lavar, miraba a todas partes impaciente. Se miraron y Celia fue corriendo a abrazarla. María se quedó estática, como dejándose apretar, como esperando a que acabara. Escucharon gritos y risas, miraron hacia arriba. En el tercer piso se asomaron dos chicos rubios y tiraron un papel con algo escrito. Las mejillas de las

chicas se incendiaron. Salieron corriendo hacia el lavadero, Celia con su risa nerviosa que hacía que no pudiera avanzar, mientras María tiraba de ella con gesto enfadado.

En el lavadero siempre había voces de mujeres, un griterío que se iba elevando hasta que alguna de las más viejas mandaba callar. Aquí se hablaba de los hijos, de cosechas y animales. Todas intentaban quitarse la palabra con la voz más alta. Aquí se contaban los secretos de las que no estaban presentes, secretos que luego salían de las paredes como la niebla, que se extendía por el valle. Así surgían los rumores, las historias mal contadas o exageradas.

Nos tocó en el lavadero frente a *la* Emilia, con su hija pálida como la luna, como paralizada. Sus faldas cada vez más anchas, ya no disimulaban el abultamiento. La sonrieron, pero ella quitó la mirada, avergonzada. Esa tripa, que la señalaba, hacía que las mujeres hablaran de ella y los jóvenes inventaran historias a su lado. Esa tripa, que germinaba sin dar pasos atrás, como el río que fluye rápido sin descanso. Las chicas, mientras frotaban las sábanas contra la piedra, notando la rugosidad bajo sus manos, hablaban de sus madres, cómo se hacían mayores sin salir de casa, hablaban del verano, de las chicas que llegarían de la ciudad, sus vestidos y sus sombreros. Hablaban del tranvía, y cómo esperaban la llegada de los chicos que irían al campamento y a trabajar de jornaleros. Y hablaron del tranvía, y de cuándo podrían ir a la ciudad, cuándo tendrían dinero para cumplir sus sueños.

Cuando terminaron, con las faldas mojadas y los dedos arrugados, se despidieron, María llevaba en una cesta las sábanas empapadas, subió la cuesta hasta llegar a la parroquia. Llegó a casa con su madre ya esperando, mientras tendían las sábanas al sol, cegadas por la blancura, habló a su madre de lo que había escuchado en el lavadero, de la mirada de la hija de *la* Emilia, preocupada. Saldrá adelante, hija, a todas nos ha tocado criar a los niños solas.

Al terminar de tender, cogió el paquete que estaba preparado en la cocina, como cada día, tendría que subir a llevar la comida a Padre, que estaba en el pinar. Dile que lleva queso y algo de pollo, y pan, claro. María se ajustó las botas, cogió el gorro y los guantes y se colocó el saco a la espalda. Tenía un buen trecho, pero había salido con tiempo, con estar allí a la una y media, Padre estaría aún animado. Subió despacio hacia el primer raso para no perder el aliento, aún quedaba subida y

no quería parar. Cruzó el río, en esa época era fácil acabar con los pies mojados, siguió subiendo hasta pasar al lado del Hospital, ahí ya podía acelerar, el resto del camino era seguir la senda de los campamentos. Hasta llegar al claro donde estaría su padre, con más hombres y algún niño. Era su lugar preferido. Un claro rodeado de pinos y a lo lejos siete picos, que parece que la observaban de lejos, dormidos.

De lejos vio el carro de bueyes, Padre estaría cerca. Ascendió un poco la ladera y lo vio allí, de pie, sobre un tronco, con el hacha entre las manos. Llevaba la camisa metida por los pantalones, las botas embarradas y un gorro de lana le tapaba las orejas. Según se fue acercando, se fijó en cómo había cambiado Padre. El color oscuro de sus mejillas, las arrugas cerca de los ojos. La forma de colocar su espalda. Los dolores. Las manos duras y agrietadas por el frío, los dedos ásperos.

Hija, qué bien verte.